

Banana Yoshimoto

TSUGUMI

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

El buzón encantado

La primavera y las hermanas Yamamoto

Vida

La extraña

Por culpa de la noche

La confesión

Nadando con mi padre

La fiesta

Ira

El hoyo

Una presencia

La carta de Tsugumi

Posfacio de la autora

Glosario

Nota

Créditos

El buzón encantado

Tsugumi era una muchacha desagradable, de eso no cabe duda.

Yo dejé aquel apacible pueblecito costero que vive de la pesca y el turismo y me vine a Tokio a estudiar en la universidad. Aquí no hay día en que no lo pase bien.

Me llamo Maria Shirakawa. Como la Virgen.

No es que me considere una santa ni nada parecido. Aunque, vete a saber por qué, todas las personas con las que he trabado amistad desde que llegué aquí dicen que soy «generosa» o «serena».

La verdad es que soy una chica de carne y hueso, más bien con poca paciencia. Aun así, en Tokio suelo tener una sensación extraña. Aquí la gente se enfada enseguida, y por cualquier nimiedad porque empieza a llover, porque se suspende una clase, o porque un perro mea donde no debe. Yo soy un poco diferente. Si alguna vez me enfado, mi rabia tarda poco en disiparse, como si viniera una ola y la hiciera desaparecer en la arena... Hasta ahora, daba por sentado que yo era así por haber crecido en un pueblo, pero el otro día, al volver a casa, furiosa después de que un profesor arrogante se negara a aceptarme un trabajo por entregárselo con un minuto de retraso, miré hacia el crepúsculo y comprendí que el motivo era otro.

«Es por culpa de Tsugumi... O, más bien, gracias a ella.»

Todo el mundo se enfada por lo menos una vez al día. Pero caí en la cuenta de que yo, siempre que me enfadaba, me repetía desde el fondo del corazón una frase, a modo de mantra: «Comparado con Tsugumi, esto no es nada». Era como si, en los años en que había convivido con ella, hubiese llegado a la conclusión de que enfadarse no servía de nada. Y al contemplar el cielo del atardecer teñido de naranja, comprendí otra cosa que me dio ganas de llorar.

No sé por qué, pero pensé que el amor nunca se acabaría, que el amor, por mucho que cogieras aunque dejases el grifo abierto, siempre seguiría manando, como el sistema de abastecimiento de agua de Japón.

Esta historia narra los recuerdos del último verano que pasé en el pueblecito costero donde crecí. Las personas del hostel Yamamoto que aparecen en ella habitan ahora en otro lugar, y creo que nunca volveré a tener ocasión de vivir con ellas. Así pues, el único sitio al que mi corazón puede volver es a los días que pasé con Tsugumi.

Desde el día en que nació, Tsugumi fue una niña de salud muy delicada, y sufría muchas recaídas. Dado que los médicos le dieron pocos años de vida, la familia se preparó para lo peor. Ni que decir tiene que su entorno la malcrió, y su madre recorrió con ella todos los hospitales de Japón, haciendo escatimó esfuerzos por alargarle la vida, siquiera un poco. De modo que, cuando empezó a andar, ya tenía un carácter muy rebelde, y el hecho de que fuera lo bastante fuerte como para llevar una vida más o menos normal no hizo más que agravarlo. Tsugumi era mala, deslenguada, egoísta, consentida y retorcida. Cuando, instantes después de soltar una de sus inconveniencias en el momento m...

inoportuno, adoptaba aquel aire triunfal, era la viva imagen del diablo.

Mi madre y yo nos alojábamos en la casa del jardín del hostel Yamamoto, que es donde vivía Tsugumi.

Mi padre, que residía en Tokio, estaba haciendo los trámites para divorciarse de su mujer, con la que ya hacía tiempo que no vivía, y casarse con mi madre. Él iba y venía de Tokio con mucha frecuencia y, aunque la situación podría parecer penosa, se lo tomaba bastante bien, esperando el día en que pudiéramos vivir los tres juntos en Tokio como una familia normal. De modo que, a pesar de las aparentes complicaciones, crecí siendo la única hija de una pareja que se amaba.

La tía Masako, la hermana pequeña de mi madre, estaba casada con un hijo de la familia Yamamoto, y mi madre se ganaba la vida ayudando en la cocina del hostel. La familia Yamamoto lo formaban el tío Tadashi, que llevaba el negocio, la tía Masako y sus dos hijas, Yoko, la mayor, y Tsugumi, la pequeña.

Creo que las tres personas que más sufríamos las consecuencias del peculiar carácter de Tsugumi éramos, en este orden, la tía Masako, Yoko y yo. El tío Tadashi se mantenía a una distancia prudente de ella. Aun así, incluir mi nombre en la lista se me antoja algo presuntuoso, porque, al criar a Tsugumi, la tía Masako y Yoko se volvieron tan dulces y tan pacientes que parecían dos ángeles.

En cuanto a la edad, Yoko tenía un año más que yo, y yo uno más que Tsugumi. Pero nunca tuve la sensación de que Tsugumi fuera menor que yo. Más bien, parecía que nunca creciera, y que, en vez de hacerse mayor, sólo se hiciera más mala.

Cuando caía enferma y tenía que guardar cama, su mal genio se volvía especialmente insoportable. A fin de que pudiera descansar bien, tenía para ella sola una bonita habitación doble en la cuarta planta del hostel. De hecho, era la habitación con mejores vistas del edificio, y por la ventanilla se podía contemplar el mar, precioso, con la superficie brillante los días de sol, brumosa y rizada los días de lluvia y, de noche, iluminada por las luces de los numerosos barcos que salían a pescar calamares.

Como yo gozo de buena salud, no consigo imaginar la angustia que debe de provocar el hecho de vivir todos los días sabiendo que la muerte puede llegar en cualquier momento. Pero sí sé que, si hubiera dormido algún tiempo en esa habitación, habría querido que aquel paisaje y aquel olor a mar pasaran a ser elementos centrales de mi vida. Sin embargo, era evidente que Tsugumi no pensaba así mismo: nunca abría las cortinas ni los postigos, echaba por el suelo la comida que le llevaban y esparcía sobre el tatami los libros de las estanterías. Así que tenía la habitación en un estado que me recordaba a *El exorcista*, cosa que escandalizaba incluso a su familia, siempre tan comprensiva. Durante una temporada se interesó por la magia negra y empezó a criar en su cuarto babosas, ranas y cangrejos (que eran fáciles de conseguir) para utilizarlos en sus rituales, pero cuando los repartió por las habitaciones del hostel y los clientes se quejaron, la tía Masako, Yoko e incluso el tío Tadashi cargaron con las consecuencias, y corrió más de una lágrima.

Pero, hasta en momentos como éstos, Tsugumi, con una sonrisa en los labios, les soltaba:

–Venga, ¡dejaos de lloriqueos! Seguro que si la palmo esta noche, os sentiréis fatal.

Es curioso, pero al sonreír se parecía al buda Miroku.

Sí, Tsugumi era muy guapa.

Tenía el pelo largo y negro, una fina piel clara y los ojos muy, muy grandes, con unas pestañas espesas y largas que proyectaban sobre sus mejillas una sombra pálida cuando entornaba los párpados. Los brazos y las piernas, largos y delgados, dejaban ver las venas bajo la piel, y el cuerpo era menudillo.

como el de una muñeca creada por un dios.

Desde que empezó la escuela secundaria, Tsugumi se aficionó a engatusar a los chicos de su clase para que fueran con ella a pasear por la playa. La verdad es que cambiaba tan a menudo de acompañante que parecía imposible que no atrajera sobre ella comentarios maledicentes en un pueblo tan pequeño, pero todo el mundo estaba convencido de que aquello se debía a que los chicos no podían resistirse a su dulzura y su belleza. Y es que, fuera de casa, era otra persona. Por fortuna, dejaba en paz a los clientes del hostel, ya que de habérselo propuesto lo habría convertido en una casa de citas.

Al atardecer, Tsugumi y el chico de turno recorrían el alto muro de la escollera y contemplaban cómo caía lentamente la oscuridad sobre la bahía. Los pájaros volaban bajo y las plácidas olas llegaban centelleando a la arena. La playa, por la que sólo correteaba algún que otro perro, se extendía blanca y vasta como un desierto; mar adentro, el viento mecía algunas barcas. El contorno de las islas se empañaba en el horizonte, mientras las nubes teñidas de rojo y deshilachadas se hundían en el agua.

Tsugumi caminaba muy despacio.

El chico, preocupado, le tendía la mano. Ella la cogía con la suya, muy delgada, con la vista fija en el suelo; luego alzaba el rostro y le dedicaba una leve sonrisa. Tenía las mejillas encendidas por el sol poniente y su sonrisa era frágil y fugaz como la luz del cambiante cielo del crepúsculo. Sus dientes blancos, su cuello delgado, sus grandes ojos clavados en el chico..., todo se fundía con la arena, la brisa y el murmullo de las olas y parecía a punto de desvanecerse. Y lo cierto es que Tsugumi podría haber dejado de existir en cualquier momento.

Su falda blanca revoloteaba al viento.

A pesar de que me exasperaba esa capacidad de Tsugumi para transformarse de aquel modo, cada vez que presenciaba una de esas escenas me asomaban las lágrimas. Sabía muy bien cómo era Tsugumi en realidad, pero esos paseos por la playa desprendían una tristeza que me atravesaba el corazón y se me quedaba clavada dentro.

Tsugumi y yo nos hicimos amigas de verdad a consecuencia de un incidente. Claro está, no nos conocíamos desde pequeñas. Si una era capaz de soportar su perversidad y sus groserías, jugar con ella resultaba muy divertido. En su imaginación, nuestro pueblecito de pescadores era un mundo ilimitado y cada grano de arena un misterio por resolver. Era inteligente y aplicada, de ahí que, a pesar de que le faltaba bastante a clase, sacara muy buenas notas; además, como siempre andaba leyendo todo tipo de libros, sabía muchas cosas. De hecho, si no hubiera sido tan lista, no habría podido maquinar todas aquellas travesuras.

Durante los primeros cursos de primaria, las dos solíamos jugar a lo que llamábamos «el buzco encantado». Nuestra escuela estaba al pie de una montaña, y en el jardín de atrás había una vieja caja de madera con una estación meteorológica que ya nadie utilizaba. Decidimos que esa caja estaba conectada de alguna manera con el mundo de los espíritus y que en ella se depositaba la correspondencia del más allá. De día dejábamos allí fotografías o artículos de revista que habíamos recortado y que nos habían parecido especialmente aterradores y volvíamos de noche para sacarlos. En plena luz del día, el jardín no tenía nada de especial, pero entrar de noche, a escondidas, daba un verdadero miedo y durante una temporada lo hicimos a diario. Con el tiempo, no obstante, «el buzco encantado» se convirtió en uno más de nuestros juegos y terminamos por olvidarlo. Al empezar la secundaria me apunté a baloncesto y los entrenamientos me ocupaban tanto que apenas tenía tiempo

de jugar con Tsugumi. Llegaba rendida a casa y siempre tenía deberes, de modo que Tsugumi pasó ser sólo la prima que vivía al lado. Entonces ocurrió el incidente en cuestión. Si mal no recuerdo, fue durante las vacaciones de primavera del año en que hacía segundo.

Aquella noche lloviznaba y podía olerse ese aroma salobre que deja la lluvia en los pueblos o mar. Yo estaba en mi cuarto, desconsolada. Acababa de morir mi abuelo. Como había vivido en su casa hasta los cinco años, era la niña de sus ojos. Cuando mi madre y yo nos mudamos al hostal Yamamoto, seguimos viendo a mis abuelos con frecuencia y también nos escribíamos. Aquel día falté al entrenamiento y me había quedado en casa, incapaz de hacer otra cosa que sentarme en el suelo apoyada en la cama, y llorar hasta que se me hincharon los ojos. Mi madre se acercó a la puerta de la habitación para avisarme de que Tsugumi me llamaba por teléfono, pero le pedí que le dijera que no estaba. No me sentía con fuerzas para atender su llamada. Mi madre, que sabía muy bien cómo era Tsugumi, lo comprendió y se fue. Volví a sentarme en el suelo y me quedé adormilada hojeando una revista. Al rato oí acercarse unas zapatillas por el pasillo. Justo cuando levantaba la cabeza, la puerta corredera se deslizó ligeramente y apareció Tsugumi, jadeando y calada hasta los huesos.

De la capucha del impermeable le corrían, una tras otra, unas gotas transparentes que iban cayendo sobre el tatami.

–Maria –me dijo con un hilo de voz y los ojos muy abiertos.

–¿Qué quieres?

Vi, aún medio dormida, su expresión angustiada.

–¡Despierta! –insistió–. ¡Mira esto! ¡No te lo vas a creer!

Con sumo cuidado, sacó un papel del bolsillo del impermeable y me lo alargó. Yo lo cogí con una mano, distraídamente, convencida de que exageraba, pero al examinarlo me sentí como si alguien me hubiera empujado bajo la potente luz de un foco.

No cabía duda: aquellos trazos firmes en semicursiva eran del abuelo, y la carta empezaba con todas las que me había escrito.

«Maria, tesoro:

»Adiós.

»Cuida de la abuela, de tu padre y de tu madre. Espero que de mayor seas una mujer admirable digna del nombre que llevas.

»Ryuzo»

Me quedé atónita y sentí una punzada en el pecho al recordar a mi abuelo sentado bien recto ante su escritorio.

–¿De dónde la has sacado? –quise saber, ansiosa.

–No te lo creerás. ¡Del buzón encantado!

–¿Qué dices? –De repente me vino a la memoria la caja olvidada.

Tsugumi habló entonces en un susurro:

–Como tengo la muerte más cerca que cualquiera de vosotros, percibo estas cosas. He soñado con el abuelo. He abierto los ojos, pero seguía allí, como si quisiera decirme algo. Cuando era pequeña, me compraba muchas cosas, y yo le estoy muy agradecida. Tú también aparecías en el sueño y el abuelo quería hablar contigo, ya sabes que a ti te quería mucho. Entonces, de pronto, se me ha ocurrido ir a mirar en el buzón, y ya lo ves... ¿Alguna vez le hablaste de nuestro juego?

–No –negué con la cabeza–. Creo que no.

–¡Pues qué miedo! –soltó. Y añadió, en un tono algo más solemne–: Ahora sí que es un buzo encantado.

Juntó las manos sobre el pecho y cerró los ojos, sin duda recordando su carrera hasta el buzo bajo la lluvia. Fuera aún lloviznaba. En aquel momento sentí que me apartaba de la realidad y entraba en la noche de Tsugumi. Me envolvió una calma agradable e incierta, y todo lo que había sucedido hasta entonces, la vida, la muerte, giró en una espiral de misterio y se dirigió hacia los dominios de otro mundo.

–¿Qué hacemos, Maria? –me preguntó en un susurro, como si hablar le costara gran esfuerzo. Me clavó en mí su mirada. Estaba muy pálida.

–Pues de momento... –comencé, llena de resolución, y me di cuenta de que ella estaba abatida como demasiado débil para asimilar la magnitud de lo ocurrido–, de momento no le diremos nada a nadie. Será mejor que vuelvas a casa, te metas en la cama y te quedes allí bien arropada. Está empapada y, si no te cuidas, mañana tendrás fiebre. Cámbiate ahora mismo la ropa; ya hablaremos de esto mañana o pasado mañana.

–De acuerdo –dijo al levantarse–. Me voy.

–Gracias, Tsugumi –le dije cuando ella ya salía de la habitación.

–De nada –contestó sin darse la vuelta y se fue, dejando la puerta abierta.

Yo me quedé sentada en el suelo, leyendo la carta una y otra vez. Mis lágrimas resbalaban sobre la alfombra y me invadió la dulce emoción de las mañanas de Navidad, cuando el abuelo me despertaba para decirme que Papá Noel me había dejado un regalo y yo me encontraba un paquete junto a la almohada. Cuanto más releía la carta, más lloraba. Me desplomé sobre ella y me abandoné al llanto.

Quizá fui un poco pánfila.

Y eso que, conociendo a Tsugumi, al principio aquello me había olido a chamusquina.

Pero aquellos trazos. Aquellos caracteres. Aquel encabezamiento que el abuelo sólo empleaba conmigo: «Maria, tesoro». Tsugumi empapada, su mirada insistente, su tono de voz. Y el hecho de que pareciera referirse en serio a aquello que siempre decía con sorna: «Como tengo la muerte más cerca que cualquiera de vosotros...». La verdad es que me dio gato por liebre.

Descubrí su jugarreta al día siguiente.

Fui a verla al mediodía, para hablar con más calma sobre la carta, pero no estaba. Subí a esperar a su cuarto y, al rato, entró Yoko con una taza de té.

–Tsugumi está en el hospital –me dijo apenada.

Yoko era bajita y rechoncha y siempre hablaba con suavidad, como si cantara. Aunque Tsugumi le jugaba muy malas pasadas, nunca se molestaba; como mucho, se quedaba un poco triste. Cuando estaba con ella, me sentía muy pequeña. Tsugumi solía decir que aquella inútil no podía ser su hermana, pero yo le tenía mucho cariño y la respetaba. A pesar de que era imposible convivir con Tsugumi sin estar de ella hasta la coronilla, Yoko siempre tenía una sonrisa en los labios. Era un ángel.

–¿Ha empeorado? –pregunté angustiada. Me preocupaba su excursión bajo la lluvia; no podía haberle hecho ningún bien.

–Bueno... Es que últimamente estaba obcecada con la caligrafía, y ayer tenía algo de...

–¿Qué?!

Mientras Yoko me miraba sorprendida, me volví hacia la estantería que había sobre el escritorio y allí estaba el dichoso libro: *Cuaderno de caligrafía semicursiva*.

También había un montón de hojas de papel, algunos frascos de tinta, una piedra, varios pinceles finos y, para colmo, una carta del abuelo que a todas luces había robado de mi habitación.

Más que enfadarme, me quedé atónita.

¿Por qué demonios tenía que hacer algo así? No podía creer que alguien que apenas cogía un pincel hubiera puesto todo ese empeño en escribir una carta con tan buena letra. ¿De dónde habías sacado las fuerzas? ¿De qué le había servido?

El sol de primavera inundaba la habitación. Me volví hacia la ventana, todavía confusa, y me quedé ensimismada contemplando el mar resplandeciente. En el instante en que Yoko abrió la boca para preguntarme qué me pasaba, llegó Tsugumi.

Entró tambaleándose en la habitación, apoyada en la tía Masako y con el rostro encendido por la fiebre, pero al ver mi expresión, me dijo sonriendo:

–¿Qué? ¿Ya me has pillado?

Roja de rabia y de vergüenza, me levanté y le di un fuerte empujón.

–¡Ma... Maria! –se sorprendió Yoko.

Tsugumi se estampó contra la puerta corredera, la hizo caer y dio con sus huesos en la pared.

–Maria, Tsugumi no se... –intentó decir la tía Masako, pero, cabeceando y con los ojos llenos de lágrimas, la interrumpí.

–¡Callad! –grité, y miré desafiante a Tsugumi.

Incluso ella se quedó sin palabras al verme tan furiosa. Era la primera vez que alguien me empujaba así.

–Si vas a pasarte la vida maquinando estas porquerías –dije lanzando el *Cuaderno de caligrafía semicursiva* contra el tatami–, por mí te puedes morir ahora mismo. Ya te apañarás.

En ese momento, Tsugumi debió de comprender que, si no reaccionaba, yo nunca querría saber nada más de ella, y estaba en lo cierto. Desde la misma posición en la que había caído, me sostuvo una mirada clara. Y entonces pronunció en un murmullo algo que no había dicho jamás en la vida, por muy gorda que la hubiera armado y por mucho que se le hubiese insistido:

–Lo siento, Maria.

La tía Masako y Yoko se quedaron de piedra, y yo aún más. Las tres guardamos silencio conteniendo la respiración. Era asombroso: Tsugumi se había disculpado... Nos quedamos petrificadas, bañadas por los rayos de sol que entraban por la ventana. Sólo se oía el lejano rumor del viento, que soplabá entre las calles del pueblo.

De repente, Tsugumi, que ya no podía aguantarse la risa, dejó escapar un bufido.

–¿Cómo puedes ser tan crédula, Maria? –añadió retorciéndose por el suelo–. Piensa un poco más. ¿Cómo te iba a escribir una carta un muerto? ¡Mira que eres boba!

Y estalló en carcajadas.

Entonces yo también rompí a reír.

–Me rindo –le dije, ruborizándome.

Al cabo, y sin dejar de reírnos como dos tontas, les contamos a la tía Masako y a Yoko, que nos miraban intrigadas, lo que había ocurrido la noche anterior.

Para bien o para mal, Tsugumi y yo nos hicimos amigas de verdad a raíz de este incidente.

La primavera y las hermanas Yamamoto

A principios de la primavera de este año, mi padre se divorció de la mujer con la que estaba casado y nos dijo a mi madre y a mí que ya podíamos ir a Tokio. Yo me había presentado hacía poco tiempo a las pruebas de acceso a una universidad de la ciudad, de modo que, durante una temporada se nos juntó la espera de las noticias de mi padre con la de los resultados del examen. Por eso mi madre y yo estábamos muy pendientes del teléfono. Y precisamente en esa época, a Tsugumi le dio por llamar unas cuantas veces al día, sin ningún motivo, «sólo para decir hola», o para preguntarme si había recibido «malas noticias» del examen; vamos, para tocar las narices. Aun así, mi madre y yo no sentíamos tan contentas que siempre conseguíamos contestarle bien y quitárnosla de encima de buenas maneras.

A las dos nos ilusionaban mucho esos cambios inminentes. De hecho, es como si hubiese empezado nuestro deshielo.

Mi madre llevaba trabajando mucho tiempo en el hostel Yamamoto y lo había hecho muy a gusto, pero nunca había dejado de esperar aquel momento. Visto desde fuera, parecía llevarlo bien siempre estaba alegre, pero eso era porque sólo esa actitud positiva podía mitigar su tristeza. Además creo que su presencia de ánimo también influyó en el hecho de que a mi padre no le faltaran las ganas de venir a vernos con tanta frecuencia. Mi madre no es una persona especialmente fuerte, pero, de algún modo, era como si, inconscientemente, se esforzara por serlo. Alguna vez la oí lamentarse a la tía Masako, pero siempre hablaba tan animada que aquello no parecían quejas y me daba la sensación de que la tía Masako, mientras la escuchaba asintiendo con una sonrisa, no sabía qué contestarle. Aun así, y a pesar de que todo el mundo la trataba bien, la situación de mi madre no dejaba de ser comprometida: la mantenían los Yamamoto, no era más que la amante de mi padre y no tenía demasiados motivos para pensar que las cosas cambiarían. Por eso estoy segura de que, a menudo, e incertidumbre le provocaba cansancio y ganas de llorar. Y como yo comprendía sus sentimientos crecí sin pasar por la fase de rebeldía adolescente.

Si reflexiono sobre ello, concluyo que el pueblecito donde mi madre y yo vivimos esperando a mi padre me enseñó muchas cosas.

A medida que se acercaba la primavera e iba aumentando la temperatura, yo tomaba conciencia de que pronto nos iríamos, y se tornaban más nítidas todas las imágenes que estaba tan acostumbrada a ver, como los viejos pasillos del hostel Yamamoto, el revoloteo nocturno de los insectos que acudían a la luz del rótulo del hostel, o la azotea, donde pronto anidarían las arañas y desde la que se divisaba la montaña.

Los últimos días, por la mañana, me acercaba a la playa a pasear un rato con *Pochi*, el perro Akita de los Tanaka, los vecinos que vivían detrás del hostel (y que no se habían esforzado mucho en buscarle nombre al perro, pues así se llaman la mayoría de los perros).

Cuando hacía buen tiempo, el mar relumbraba con una luz especial. Miles de olas rompían resplandecientes sobre la arena y se retiraban, gélidas, dejando una imagen sagrada, casi inaccesible. Mientras me sentaba a contemplar el mar desde la escollera, *Pochi* corría a sus anchas por la playa.

recibiendo carantoñas de los pescadores apostados en la orilla.

Tsugumi empezó a acompañarnos, cosa que a mí me agradó.

Una vez, cuando *Pochi* era aún un cachorro, Tsugumi lo hizo rabiar tanto que el perro le dio un buen mordisco en la mano. La tía Masako, Yoko, mi madre y yo estábamos a punto de comer cuando recuerdo que la tía Masako acababa de preguntar dónde andaba Tsugumi cuando ésta entró en el comedor, blanca como una sábana y con la mano ensangrentada. La tía Masako, muy alterada, se levantó y le preguntó qué había pasado. Tsugumi respondió tranquilamente: «Perro mordedor, poco ladrador». Fue una respuesta tan inesperada que Yoko, mi madre y yo rompimos a reír. Desde entonces, Tsugumi y *Pochi* no podían ni verse y, si ella salía por la puerta de atrás, el perro le ladraba tan fuerte que mucho nos temíamos que los clientes del hostel terminaran quejándose. Como yo me llevaba muy bien con los dos, su enemistad siempre me tuvo en vilo, y por eso me alegró mucho que hicieran las paces antes de que yo me fuera del pueblo.

Siempre que no lloviera, Tsugumi venía conmigo y con *Pochi*. No bien me oía abrir las contraventanas de mi cuarto, *Pochi* salía brincando de su caseta. Yo enseguida me lavaba la cara y me vestía, bajaba a abrir la verja de madera que daba al jardín de los Tanaka, agarraba al perro, que corría con la cadena a rastras, y le ponía la correa. Justo entonces, cuando volvía a abrir la puerta de la verja, me encontraba a Tsugumi esperando, sin que yo me hubiera dado cuenta de cómo y cuándo había salido. Al principio, con el perro gruñendo y ella recelosa, nuestros paseos resultaban un poco tensos, pero *Pochi* se acostumbró progresivamente a su presencia y terminó consintiendo en que lo llevara ella. Era enternecedor ver cómo Tsugumi, bañada por la luz de la mañana, se apresuraba sin resaca detrás del perro, pidiéndole que no corriera tanto. Me di cuenta de que nunca había pretendido hacer daño al animal, aunque yo no podía quitarle el ojo de encima, porque si *Pochi* iba demasiado rápido ella lo obligaba a sentarse dándole un tirón a la correa, y habría sido una desgracia que estrangulara al perro de los vecinos.

A Tsugumi le venía muy bien aquel ejercicio. Cuando empezó a acompañarnos, recorté nuestro recorrido a la mitad, y aun así me preocupaba que fuera excesivamente largo, pero al comprobar que al final del paseo seguía con buena cara y no le subía la fiebre, me tranquilicé.

Fue una de aquellas mañanas.

Hacía un día espléndido, sin una sola nube, y el cielo y el mar se fundían en un suave azul. Todo resplandecía con un brillo dorado y cegador. En medio de la playa había una torre de vigilancia de madera que parecía una atalaya. Tsugumi y yo trepamos por la escalera a la plataforma desde donde los socorristas vigilaban en verano a los bañistas. Durante un rato, *Pochi* dio vueltas abajo, en la arena, hasta que comprendió que no podría subir y se fue a corretear por la arena.

—¡Ya basta, descerebrado! —le gritó Tsugumi con toda su saña y *Pochi* le respondió con un ladrido.

—¿Por qué le dices eso? —me sorprendí.

—¿Qué pasa? ¿Desde cuándo entiende japonés este dichoso perro? —me contestó con una sonrisa sin apartar los ojos del mar.

El flequillo se le mecía en la frente produciendo un leve susurro. Tenía las mejillas encendidas como si corriera y se le entreveían las venas. En sus ojos brillaba el reflejo del agua.

Yo también miré el mar.

Es curioso: cuando estás con alguien frente al mar, da lo mismo hablar que no decir nada. No cansas de mirarlo. Y, por ensordecedor que sea el fragor de las olas al romper, nunca te parece

demasiado fuerte.

Yo no podía hacerme a la idea de que en adelante viviría en un sitio sin mar. No era capaz de concebirlo y sólo pensarlo me inquietaba. El mar siempre había formado parte de mi vida. Tanto en los buenos como en los malos momentos, tanto en los días cálidos, en los que el pueblo se llenaba de gente, como en los de invierno, cuando el cielo se cuajaba de estrellas, o por Fin de Año, cuando íbamos al templo..., sólo tenía que volver la cabeza para verlo allí, acompañándome. No importaba que fuera mayor o pequeña, que hubiera muerto la viejecita de la casa de al lado, que hubiera nacido un niño en el hospital, que acudiera a mi primera cita o que hubiera roto con mi novio: el mar siempre estaba allí, imperturbable, rodeando el pueblo, yendo y viniendo al ritmo regular de las olas. Los días en que había buena visibilidad, se distinguía claramente la costa del otro extremo del golfo. Y me daba la sensación de que, aunque lo contemplara desde cierta distancia, observar el mar siempre me enseñaba alguna cosa. Puede que hasta entonces no me hubiera percatado de su presencia ni del ruidoso e incesante del oleaje, pero en aquella época empecé a preguntarme a qué recurriría la gente de la ciudad para recuperar la calma y el equilibrio. Seguramente a la luna. Con todo, a diferencia del mar la luna se me antojaba muy pequeña y lejana y no creía que fuera a resultarme de mucha ayuda...

–Tsugumi, creo que no podré vivir sin el mar –dije de repente, sin pensarlo. Después de pronunciar esas palabras, aún me angustié más. La luz del sol se hacía cada vez más intensa y a lo lejos se oían los ruidos del pueblo que despertaba.

–No seas boba –me soltó sin volverse, casi irritada–. Cuando ganas algo, pierdes algo. Las cosas son así. Ahora que os habéis quitado de encima a esa mujer, ya podéis vivir los tres como una familia feliz, ¿no? Pues ya está. ¿Qué es el mar al lado de eso?

–Tienes razón...

Su respuesta había sido tan contundente que enmudecí. La verdad es que me quedé tan sorprendida que mi angustia se desvaneció. ¿Significaba eso que también ella ganaba y perdía cosas de las que no hablaba con nadie? Siempre se había mostrado tan segura, tan fuerte y tan independiente que no se me había ocurrido pensar que pudiera sentir algo así. Fue como si de golpe la viera mejor enfocada, y me invadió una extraña tristeza.

¿Siempre había vivido ocultando esos sentimientos a todo el mundo?

Continué con mis preparativos para la marcha y poco a poco fui asumiendo todo lo que echaría de menos. Quedé con algunos amigos de la escuela secundaria a los que hacía tiempo que no veía, y con el chico con el que había salido en mis años de instituto, para advertirles de mi partida. Creo que tan poca formalidad me venía de mi madre. Quizá porque no era más que la amante de mi padre, siempre se trataba con mucho tacto a los demás. Lo cierto es que yo pensaba irme sin decir nada a nadie, pero al ver que mi madre pasaba por la casa de todos los vecinos para despedirse con muchos aspavientos comprendí que todo el mundo acabaría enterándose, así que cambié de idea y decidí ir despidiéndome de la gente, aunque, eso sí, sólo de la que me apetecía ver.

También empecé a recoger poco a poco lo que tenía en mi cuarto.

Esa tarea me provocaba una sensación excitante a la par que dolorosa, que avanzaba y se retiraba como una ola: si, al preparar mis cosas, me detenía un momento, sentía que estaba a punto de vivir una separación natural, inexorable. Más que angustia, me embargaba una especie de inquietud expectante y acompasada que iba y venía en mi pecho.

Yoko y yo trabajábamos algunas tardes en una pastelería de la calle principal del pueblo, famoso por ser la única que vendía dulces occidentales (pero tampoco quería darme aires por trabajar allí...)

Aquella tarde, yo tenía que ir a cobrar la última paga y decidí pasar por allí a la hora del cierre cuando Yoko acababa su turno. Entonces, como esperaba, volvimos a casa con dos cajas llenas de los pasteles que habían sobrado.

Yoko colocó las cajas en la cesta de la bicicleta y echó a andar mientras la empujaba. Yo iba a su lado, caminando muy despacio. El sendero de grava que llevaba al hostel Yamamoto seguía el curso del río y atravesaba un gran puente. Al otro lado se divisaba el mar, donde el río desembocaba plácidamente. La luna y las luces de la calle se reflejaban en el agua y en la barandilla que nos separaba del río.

–¡Fíjate! –exclamó Yoko al llegar al puente–. ¡Mira cuántas flores!

Bajo el puente, el lecho del río era de hormigón, pero en la orilla se extendía una estrecha franja de tierra, ahora cubierta de flores blancas arrulladas por la suave brisa nocturna.

–Es verdad –dije.

Parecía que los pétalos flotaran en la penumbra, y cada vez que los movía el aire, dejaban un rastro blanquecino, como surgido de un sueño. El río bajaba a su vera y, un poco más allá, el mar donde el rielar de la luna formaba una senda iluminada, iba y volvía desplegando su oscuridad hasta infinito.

Pensé que, en breve, ya no podría contemplar imágenes tan hermosas como aquella, pero no expresé en voz alta, para que Yoko no se pusiera aún más triste de lo que estaba aquellos días.

Nos paramos las dos.

–Es precioso –dije.

–Sí –asintió sonriendo.

Su largo pelo se mecía suavemente sobre su espalda. A diferencia de Tsugumi, Yoko no destacaba por su belleza, pero tenía unas facciones muy agradables y, a pesar de haber crecido junto al mar, su piel, como la de su hermana, era blanquísima. A la luz de la luna, todavía parecía más pálida de lo habitual.

Seguimos andando. En diez minutos llegaríamos a casa y nos comeríamos los pasteles, que daban tumbos en la cesta de la bicicleta. Imaginaba ya la escena, con el olor del tatami y el murmullo de fondo de la televisión. Yoko y yo entraríamos en el hostel, donde nos encontraríamos a mi madre y a la tía Masako. Tsugumi saldría con que ya estaba harta de aquellos pasteles pasados, pero arramblar con los tres o cuatro que más le gustaran para llevárselos a su cuarto. Siempre hacía lo mismo. Aquellas reuniones familiares le daban arcadas, decía.

Enfilamos una calle desde la que ya no se divisaba el mar, pero nos seguía el rumor de las olas. También la luna: si alzábamos los ojos, la veíamos sobre los viejos tejados.

Aunque sabíamos que en casa nos aguardaba una alegre velada, Yoko y yo caminábamos alicaídas, quizá porque aquél había sido el último día que regresábamos juntas de la pastelería. Desde nosotras brotaba, igual que los delicados acordes de una melodía, la tristeza al pensar en los años que habíamos trabajado codo con codo como buenas primas. Quizás yo había empezado a pensar que la bondad de Yoko era un finísimo pétalo que al caer filtraba la luz del sol. No, no fue así. La verdad es que íbamos muy contentas, riéndonos y diciendo bobadas. Pero aunque entonces creyera que me divertía, ahora, al recordar aquel momento, sólo me vienen a la mente imágenes lúgubres, como una oscura noche o las tenebrosas sombras que proyectaban los postes del teléfono y las papeleras. A

recuerdo aquella noche.

–Ya me imaginaba que vendrías a la hora de cerrar, y estaba segura de que nos llevaríamos los pasteles que quedaran –dijo Yoko–. Qué bien, ¿verdad?

–Sí –contesté yo–. Porque a veces no nos dan aunque queden, y otras no sobra ni uno. Hoy hemos tenido suerte.

–Al llegar a casa nos los comeremos las cuatro juntas –dijo ella, mirándome con ojos risueños tras sus gafas redondas.

–Me gustaría probar uno de manzana antes de que se los lleve Tsugumi –comenté, aunque sin convicción–. Ya sabes cómo le gustan.

–Todos los de esta caja son de manzana. Basta con que no los vea –y volvió a sonreír.

Yoko tenía una habilidad especial para satisfacer los caprichos de todo el mundo, a los que ofrecía tanta resistencia como el agua del mar a la arena. Fue su entorno lo que moldeó esta actitud beatífica.

Sin contar a Tsugumi, cuyo carácter la situaba al margen de todo, algunas de mis amigas de escuela eran, como Yoko, hijas de familias que regentaban un hostel. Y, a pesar de sus peculiaridades, tenían algo en común: tal vez sólo fuera una impresión, pero me parecía que todas sabían tratar a los demás con la distancia adecuada. Quizá se debiera a que habían crecido entre gente que pasaba una temporada en su casa y después se iba sin más. Así, estaban acostumbradas a decir adiós y habían desarrollado la capacidad de controlar sus emociones y contener los sentimientos que implican las despedidas. En rigor, yo no soy hija de una de estas familias, pero casi, y creo que me tomo las cosas de la misma manera y que he aprendido a evitar el dolor que producen esas emociones.

Pero cuando había que despedirse, Yoko era distinta.

De pequeñas siempre andábamos por el hostel mientras se limpiaban las habitaciones. Los huéspedes que se quedaban más tiempo solían preguntarnos si éramos hijas de los dueños, y entonces nos presentábamos. Aunque sólo los conociéramos de vista, nos gustaba saludarlos e, igual que nosotros, teníamos huéspedes huraños y desagradables, también los había simpáticos y cordiales, fueran hombres o mujeres. Su presencia animaba el hostel y daba vida a los que trabajaban allí. Y cuando estos clientes emprendían el regreso, con el coche cargado de maletas y diciéndonos adiós desde las ventanillas, el sol de la tarde colmaba las habitaciones vacías de una luz cegadora. Sabíamos que quiénes regresarían al año siguiente, pero «el año siguiente» no dejaba de ser un concepto demasiado vago y lejano. Entonces llegaban nuevos huéspedes y volvían a ocupar las habitaciones vacías, en un ciclo que vivíamos una y otra vez.

A principios de otoño, cuando el pueblo se vaciaba una vez finalizada la temporada turística, yo superaba la pena obligándome a estar activa y animada, pero Yoko se quedaba mustia, e incluso se le saltaban las lágrimas si se topaba con algo olvidado por alguna niña de la que se hubiera hecho amiga. En realidad, estos sentimientos sólo llegan a ocupar una pequeña parte del corazón, y cualquiera que se lo proponga es capaz de dirigir su atención hacia otra cosa y olvidarlos. Centrarse en ellos sólo acarrea tristeza y melancolía, de modo que si pasas por muchas despedidas, terminas desarrollando mecanismos para alejar esas emociones. Pero Yoko había optado por hacer lo contrario: parecía complacerse en cultivar aquellos sentimientos y atesorarlos como si se tratara de algo extremadamente valioso. Supongo que no quería perderlos.

Al doblar la esquina, la luz del rótulo del hostel Yamamoto asomaba entre los arbustos. Siempre me confortaba ver el rótulo y la hilera de ventanas. Tanto si las habitaciones estaban ocupadas y co-

luz, como si estaban vacías y a oscuras, me sentía amparada por algo firme, sólido. Acostumbrábam
a entrar por detrás, y Yoko siempre abría la puerta de la casa y anunciaba nuestra llegada. A esa hora
mi madre aún rondaba por el hostel o estaba tomándose una taza de té con los tíos en el comedor.
Entonces dábamos cuenta de los dulces, y después mi madre y yo volvíamos a la casita del jardín.
Siempre lo hacíamos así.

–Por cierto –comenté mientras nos quitábamos los zapatos–, el disco que me pediste que
grabara, mejor te lo regalo. ¿Te lo voy a buscar?

–¡Qué dices! –respondió Yoko, sorprendida–. Además, es doble, ¿verdad? No, en serio, no me lo
regales. Basta con que me lo grabes.

–No te preocupes. La verdad es que me haces un favor, porque no pensaba llevármelo –dije, sin
comprender que mejor habría sido no insistir. Cuando reparé en ello, ya era demasiado tarde.
Consideralo un regalo de despedida, ¿vale? Pero, un momento: ¿puedo hablar de un regalo de
despedida si soy yo la que se va?

Cuando levanté la vista, vi que Yoko, en el porche, casi a oscuras, cubría la bicicleta con la lona.
Miraba al suelo con la cara encendida y los ojos arrasados en lágrimas.

Lloraba con tanto sentimiento que no supe cómo reaccionar. Fingí no darme cuenta y entré en
casa.

–Venga, date prisa, vamos a comernos los pasteles –la llamé sin volverme.

–Ya voy –respondió con la voz congestionada, secándose las lágrimas.

Era tan inocente que seguro que pensaba que no la había visto llorar.

Durante diez años, yo había vivido protegida por una especie de velo entretejido de diversas
cosas. Pero no fui consciente del calor que me proporcionaba hasta que salí de debajo de él. Bajo el
velo, hacía una temperatura tan agradable que sólo me di cuenta de que había estado allí cuando
comprendí que nunca regresaría. Mi velo había sido el mar, el pueblo, los Yamamoto, mi madre y mi
padre, aunque estuviera lejos: todo lo que entonces me arropaba suavemente. En Tokio estoy contenta
y lo paso muy bien, pero de vez en cuando recuerdo con nostalgia aquellos días. Y lo primero que me
viene a la memoria cuando pienso en ellos es la imagen de Tsugumi jugando con *Pochi* en la playa
de Yoko empujando la bicicleta por aquel camino oscuro, con una sonrisa en los labios.

Vida

Cuando empezamos a vivir los tres juntos, mi padre volvía muy contento del trabajo. Tanto que hasta daba risa. No había día en que no apareciera con sushi, pasteles o cualquier otro capricho. Cuando abría la puerta y nos saludaba sonriendo, pletórico, yo me preguntaba angustiada si realmente cumplía en el trabajo. Los fines de semana nos llevaba en coche a las mejores tiendas y restaurantes de Tokio, nos preparaba sus platos preferidos o me instalaba unos estantes encima del escritorio aunque ni siquiera se los hubiera pedido. Por fin podía ejercer de padre con todas las de la ley. Pero cierto es que aquel entusiasmo disolvió el fino poso de incertidumbre que se había asentado entre los tres. Las tensiones creadas a lo largo de los años se mitigaron y empezamos a funcionar como una familia normal.

Una tarde, mi padre llamó disgustado para decirnos que llegaría muy tarde del trabajo. Mi madre se acostó enseguida, pero yo me quedé en la mesa de la cocina haciendo un trabajo para la universidad y viendo la tele. Cuando llegó mi padre, se alegró de encontrarme levantada.

–¿Todavía estás despierta? –preguntó sonriente–. ¿Tu madre ya se ha ido a la cama?

–Sí –contesté–. Sólo hay sopa de miso, arroz y pescado. ¿Quieres un poco?

–Desde luego –dijo él.

Se sentó en una silla y se quitó la americana. Yo puse a calentar la sopa al fuego y metí el pescado en el microondas. La cocina se animó y la televisión apenas se oía.

–Maria, ¿quieres un *sembei*?* –me preguntó de pronto.

–¿Qué? –dije volviéndome hacia él.

Vi cómo sacaba con cuidado de la cartera dos galletas de arroz envueltas en un papel que crujía suavemente y las dejaba sobre la mesa.

–Uno es para tu madre.

–¿Y por qué sólo dos? –pregunté sorprendida.

–Un cliente nos ha traído una caja y he apartado un par para que los probarais. Están buenísimos de verdad –aseguró sin siquiera ruborizarse.

–¿Y nadie te ha dicho que parecías un niño robando comida para un cachorro que tiene escondido? –le dije riendo.

Me parecía asombroso que un hombre hecho y derecho como él hubiera afanado dos galletas de arroz del trabajo.

–En Tokio la verdura es mala y el pescado no vale nada, pero podemos sentirnos orgullosos con los *sembei* –replicó mientras se comía el arroz y la sopa que le había servido.

Saqué el pescado del microondas y se lo puse delante.

–Lo probaré –dije sentándome a la mesa y cogiendo uno de los *sembei*.

Me sentía como un extranjero que ve un *sembei* por primera vez en la vida. Al primer bocado y noté el intenso sabor de la salsa de soja tostada de la cobertura. Delicioso. Cuando lo dije, asintió satisfecho.

Recuerdo que una vez, cuando hacía poco que vivíamos en Tokio, vi a mi padre por la calle

volviendo del trabajo. Yo salía del cine y estaba parada en un semáforo, en el cruce de dos avenidas repletas de oficinas. Los colores del cielo, iluminado por el sol poniente, se reflejaban con nitidez en los ventanales de los edificios como sobre un espejo infinito. Dado que era la hora en que la gente salía del trabajo, en el cruce había hombres con traje y chicas que ya se habían cambiado el uniforme por la ropa de calle, más llamativa. Todos esperaban a que el semáforo se pusiera en verde. Sus caras y la brisa arrastraban un mismo cansancio. Conversaban con una sonrisa ambigua, que no dejaba adivinar si tenían adónde ir. Los pocos que no hablaban mostraban una expresión más seria.

De repente me percaté de que había estado siguiendo con la vista a un hombre que se hallaba en la otra acera. Extrañada, lo miré con mayor atención y reconocí a mi padre. Avanzaba con la misma expresión seria que la gente que tenía a mi lado, cosa que también me extrañó. Sólo le había visto esa cara cuando en casa se quedaba dormido viendo la televisión. Contemplé, absorta, aquella cara, esa «otra cara». En ese instante, una chica salió corriendo del edificio donde trabajaba mi padre y lo llamó. Desde donde estaba, podía verlos con todo detalle. La chica llevaba un sobre que debía contener algún documento. Al oír que lo llamaban, mi padre miró a su alrededor y al ver a la chica dijo algo, probablemente disculpándose, con una sonrisa. Ella se le acercó sin resuello, le alargó el sobre y, devolviéndole la sonrisa, le hizo una discreta reverencia y volvió al edificio. Mi padre se despidió y prosiguió a buen paso su camino hacia la estación de tren con el sobre bajo el brazo. En ese momento el semáforo se puso en verde y la multitud cruzó la calle. Por un instante dudé si seguirlo o no, pero cuando me decidí a hacerlo, ya estaba demasiado lejos y desistí. Me quedé allí clavado pensando...

Ese episodio, aunque intrascendente, me permitió observar a mi padre en su propio entorno, viviendo la vida que había llevado durante tantos años. Él había pasado en Tokio cada uno de los días que mi madre y yo habíamos pasado en el pueblo, respirando este aire, discutiendo con su mujer, acudiendo al trabajo, haciendo méritos para un ascenso, comiendo y cenando, olvidándose cosas en la oficina, como acababa de ocurrirle, y pensando en lo lejos que nos tenía a nosotras... Aquel pueblo, ese escenario cotidiano de mi vida y de la de mi madre, para él no debió de ser más que un lugar tranquilo donde pasar el fin de semana. Quizás incluso había contemplado la posibilidad de dejarnos. Sí, pensaba seguro que sí. Aunque nunca nos lo hubiera dicho, seguro que más de una vez le pareció que, a fin de cuentas, no merecía la pena. La verdad es que nuestra situación era tan peculiar que los tres habíamos acabado comportándonos de un modo demasiado solícito, como meros intérpretes del guión de «típica familia feliz». Inconscientemente, nos esforzábamos en soterrar las emociones más turbias, éstas iban depositándose en el fondo de nuestro corazón. La vida es una representación, pensé. Puede que «ilusión» tuviera casi el mismo sentido, pero «representación» se me antojaba más acorde con lo que sentía. Esa impresión tuve, en medio de la multitud, aquella tarde. Cada cual tiene que llevar el peso de lo que ha sido en cada momento, un revoltijo de cosas buenas y de cosas no tan buenas, y del vivir cargando con ese peso a solas. Aunque nos esforcemos por ser agradables con las personas a las que amamos, siempre estamos solos.

—Papá, administra tus esfuerzos. Ten cuidado o acabarás quemándote —le dije.

Él levantó la cara y me miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

–Pues que no hace falta que siempre vuelvas pronto, que nos traigas cosas, que me compr
ropa... A este ritmo, te vas a hartar enseguida.

–¿Ropa? Si yo nunca te he comprado ropa... –replicó sonriendo.

–Es verdad, pero me gustaría –aclaré, devolviéndole la sonrisa.

–¿Y por qué dices que acabaré quemándome?

–Porque temo que, un día, de pronto, te canses de tu familia y te busques una amante, o te des a
bebida, o nos hagas responsables de tus frustraciones. No quiero que pase algo así.

–Bueno, claro que podría pasar –dijo divertido–. Pero ahora mismo sólo pienso en rehacer m
vida con vosotras. He esperado muchos años para conseguir lo que quería y estoy muy contento. S
que muchos hombres prefieren estar solos, pero yo soy muy hogareño. Por eso las cosas no fuer
bien con mi primera mujer. No le gustaban ni los niños ni pasar mucho tiempo en casa, sólo pensab
en salir. Por supuesto que no tengo nada en contra de la gente así, pero yo quiero una familia con
que ver la tele por las noches y salir por ahí los domingos, aunque nos dé pereza. No supimos form
una familia unida. Por eso, porque tengo muy presente esa época en que he estado lejos de vosotras
que he pasado solo, soy más consciente de la importancia de tener a alguien al lado. Es verdad, qui
más adelante cambie de parecer y la emprenda contra ti y tu madre, pero así es la vida, y si ha
llegar un día en que nuestros sentimientos dejen de ir a la par, mejor que nos coja pertrechados
buenos recuerdos.

Había dejado de comer para hablar. Me impresionó mucho lo que dijo y el tono en que lo dijo,
por primera vez desde que vivía en Tokio sentí que algo tierno me inundaba el corazón.

–Seguro que tu madre también tiene sus cuitas –prosiguió con serenidad–. No lo dice, pero pa
ella es muy duro dejar atrás un lugar en el que ha vivido muchos años.

–¿Por qué lo dices?

–Bueno –dijo señalando con los palillos el jurel–, llevamos varios días cenando pescado.

Tenía razón. Me vino a la mente la imagen de mi madre inmóvil delante de la pescadería
guardé silencio.

–Tú vas a la universidad, ¿no? –dijo de sopetón–. Entonces, ¿qué haces siempre en casa? ¿Nun
vas a ninguna fiesta? ¿No te ha salido ningún trabajo?

–Como no soy miembro de ningún club, no me invitan a muchas fiestas. Y trabajo, la verdad, n
he buscado. ¿A qué viene ahora este interrogatorio tan lleno de tópicos? –le pregunté riendo.

–Es que algún día me gustaría poder reñirte por llegar tarde, aunque sólo fuera una vez –bromeó
Sobre la mesa, el *sembei* destinado a mi madre rubricaba la felicidad de nuestra familia.

Sin embargo, a veces echo tanto de menos el mar que no consigo dormir. No puedo evitarlo.

En Ginza, un barrio al que suelo ir, hay días en que el viento, según sople, trae el olor del mar. N
miento ni exagero si digo que, al olerlo, me pondría a gritar. De repente aquel aroma golpea mi cuerpo
y me invade una nostalgia tan intensa que no puedo moverme y se me hace un nudo en la garganta.
Siempre ocurre en días claros, cuando el cielo se extiende, nítido, hasta el infinito. Entonces me entra
ganas de soltar todas las bolsas que llevo, sean de Yamano Music o de Printemps, y correr a la suc
escollera donde rompen las olas para aspirar ansiosamente ese aire hasta saciar el corazón. Quizá
nostalgia sea la certeza de que, algún día, este impulso apremiante se desvanecerá.

Eso mismo me sucedió hace poco mientras paseaba con mi madre. Era un día como tantos otros

a media mañana; las calles estaban casi vacías. Al salir de unos grandes almacenes, nos alcanzó una ráfaga de viento impregnada del olor del mar. Las dos lo reconocimos al instante.

—¡Cómo huele a mar! —exclamó mi madre.

—Es porque ahí está..., ¿cómo se llama?..., el muelle Harumi —expliqué señalando en esa dirección. Me sentí como quien se chupa un dedo para saber de dónde viene el viento.

—Claro —sonrió mi madre.

Entonces dijo que quería comprar unas flores en la floristería de la entrada del parque y hacia allí nos dirigimos. A lo lejos, los árboles, ahítos de la humedad de la estación de las lluvias y de intenso color verde, destacaban sobre un cielo raso y claro. Pasó un autobús que, precisamente, se dirigía al muelle Harumi y el estrépito de su motor resonó largo rato en mis oídos.

—¿Tomamos algo antes de volver? —propuse.

—Más vale que nos demos prisa —respondió sin volverse—. Esta tarde tengo clase de ikebana mañana tu padre se va de viaje. He de dejar algo preparado, porque le gustará que cenemos los tres juntos. Ya lo conoces, es como un niño —añadió con una sonrisa.

—Eso es ahora. Ya se le irá pasando —dije yo.

Desde que sólo se dedicaba a la casa, las facciones de mi madre se habían redondeado, y al reír su rostro parecía responder con suaves ondulaciones a la tibia luz del sol.

—¿Has hecho amigos, Maria? —preguntó de pronto—. Cómo no, si no paran de llamarte. ¿Lo pasas bien en la universidad?

—Claro que sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque hasta hace nada te pasabas la vida con Yoko y Tsugumi, como si fuerais hermanas. Me preguntaba si las echas de menos. Hay tanto silencio en casa...

—Es verdad —respondí—. Apenas se nos oye.

El trajín de pasos por el corredor. El ajetreo en la cocina, el zumbido de la aspiradora, el timbre del teléfono en el vestíbulo. En el hostel siempre había gente armando bulla, y a las cinco y a las nueve sonaban por todo el pueblo los altavoces avisando a los niños de que ya era hora de volver a casa. El rumor de las olas, el silbato de los trenes, el canto de los pájaros...

—Me parece que tú te añoras más que yo —dije.

—Tal vez. Ya sabía que no podía pasarme la vida trabajando en el hostel y estoy muy contenta de que hayamos podido venir a vivir con tu padre, pero no consigo olvidar la sensación de estar siempre rodeada de gente. Forma parte de mí, como el bramido del mar. —Se llevó la mano a la boca y se echó a reír—. Se ve que hoy estoy poética.

Yo era muy pequeña y sólo puedo evocarlo vagamente, pero cada vez que lo recuerdo me entran ganas de reír. En verano, cuando acababa de cenar, después de pasarme el día jugando, solía quedarme dormida viendo la tele, echada al lado de la mesita, y mis padres aprovechaban para hablar de sus cosas. Entonces me despertaba y permanecía muy quieta, mirando el tatami con los ojos entreabiertos y escuchando lo que decían. Mi padre no paraba de lamentarse: que si su mujer no quería concederle el divorcio, que si no podía dejarnos indefinidamente en un sitio así... Al parecer, cuando era joven siempre estaba agobiado y sufría mucho por todo, y no fue a mejor hasta que conoció a mi madre. Creo que ha cambiado muchísimo. Mi madre es muy optimista.

—¿Qué quiere decir «un sitio así»? —le increpó en cierta ocasión mi madre—. ¿Cómo puedes ser tan

desconsiderado?

–Lo siento. Lo he dicho sin pensar. Ya sé que Masako es tu hermana, pero ¿de verdad eres feliz viviendo con ellos y dejándote la piel en el hostel?

Y siguió con la misma cantinela. Incluso yo, que estaba de espaldas a ellos, noté que mi madre estaba enfadando. No soporta a los quejicas.

–¡Ya está bien! –explotó al fin, soltando un bufido. Recuerdo sus palabras con toda claridad. Después de eso, se me quedaron grabadas: son lo primero que me viene a la mente cuando me hartó de algo. Como no dejes de buscarle pegos a todo, acabarás quejándote hasta del ataúd.

También recuerdo algo que dijo Tsugumi.

–Tu padre es un mocoso –me soltó un día que estábamos en su habitación grabando un casete.

La tarde estaba nublada. Era uno de aquellos días grises y plomizos en que las olas parecían afilarse. Cuando hacía aquel tiempo, Tsugumi solía ser algo más tolerante con la gente que la rodeaba. La tía Masako decía que quizá se debía a que había estado a punto de morir en un día así.

–¿Qué quieres decir? ¿Que aún es joven? –pregunté.

–No, so boba. Quiero decir que es un niño, un crío, un pelele, ¿lo entiendes ahora? –me dijo entre risas desde el futón, donde estaba echada con un poco de fiebre. Tenía las mejillas encendidas y el pelo suelto sobre una almohada blanquísima.

–¿Por qué dices eso?

–Porque sólo piensa en tonterías. Es un blandengue, y luego se da esos aires de suficiencia... Bien pensado, es como tú, aunque tú no eres tan ñoña. No sé, parece que siempre esté en la luna.

Algo de razón tenía, así que no me enfadé.

–Y qué –contesté–. A lo mejor por eso se lleva tan bien con mi madre.

–Sí, claro. Seguro que ella es más sensible que alguien que se pasa media vida encerrada en su habitación y que ha aprendido todo lo que sabe entre las sábanas. Hala, eso ha sonado un poco guardado ¿no? Pero bueno, siempre que me lo encuentro por el pasillo y me sale con eso de que le pida lo que quiera de Tokio, le dedico la mejor de mis sonrisas.

Tsugumi me miró y se echó a reír. La lámpara que teníamos encendida para leer desprendía una intensa luz blanca. Se oía una tranquila melodía de fondo. Seguimos leyendo nuestras revistas sin mediar palabra hasta que se terminó el casete que estábamos grabando. Entonces un silencio envolvente, apenas roto por el leve crujido de las páginas que pasábamos, se adueñó de la habitación.

Tsugumi.

Logré comprenderla al alejarme de ella.

Me di cuenta de que ponía todo su empeño en ser desagradable para que nadie llegara a su interior (y tenía sus motivos para hacerlo). Comprendí que, si bien yo podía salir libremente y conocer a quien quisiera mientras ella no podía salir de aquel rincón del mundo, era ella la que estaba olvidándose, y no al revés. Porque Tsugumi nunca miraba atrás. Para ella sólo había presente.

Una noche sonó el teléfono. Lo cogí yo.

–¿Sí?

–Soy yo –sonó la voz de Tsugumi.

De súbito me cegaron la luz y las sombras del pueblecito de pescadores.

–¡Tsugumi! ¡Cuánto tiempo! ¿Estáis todos bien?

–Bueno, ya veo que sigues tan pánfila como siempre –dijo, echándose a reír–. ¿Aprendes algo en la universidad?

Aquel breve prelude acertó la distancia que nos separaba y volvimos a ser las mismas primas de siempre.

–Algo, sí.

–¿Y tu padre? ¿Ya se ha encaprichado de otra? Mira que no hay dos sin tres.

–De momento no.

–Mejor. Por cierto, supongo que mi madre se lo dirá a la tuya, pero en otoño cerraremos el hostal.

–¿Qué? ¿Cerráis?

–Como lo oyes. No sé en qué piensa mi padre, pero se le ha metido entre ceja y ceja que quiere abrir un albergue de montaña. Un amigo suyo tiene un terreno; irán a medias. Dice que siempre ha sido su sueño. A mí me da risa. Parece un cuento de hadas. La idea es que se lo acabe quedando Yokoyama.

–¿Y tú también vas a ir?

–Lo mismo me da morir en el mar que en la montaña –respondió ella, como si de verdad no le importara.

–Qué pena que desaparezca el hostal... –me lamenté. Nunca me había planteado que pudiera vivir lejos de aquel pueblo.

–Pero en verano tú tienes vacaciones, ¿no? ¿Por qué no vienes? Mi madre dice que te deja escoger habitación y que te preparará sashimi todos los días.

–Claro que iré. Cuenta con ello.

En aquel momento pasaron frente a mis ojos imágenes apagadas del pueblo y del hostal, como si se tratara de una película de ocho milímetros. Vi a Tsugumi echada en su cuarto, sosteniendo el teléfono con uno de sus delgados brazos.

–De acuerdo, entonces. Te esperamos. ¡Ah!, acaba de subir mi madre, quiere hablar con la tuya –añadió apresurándose–. ¡Venga, que se ponga!

–Sí, ahora la llamo.

Así fue como me comprometí a pasar un último verano en el hostal Yamamoto.

La extraña

¿Por qué sería?

Cada vez que el transbordador se acercaba al puerto, me sentía un poco extraña.

Incluso cuando aún vivía en el pueblo y volvía en el transbordador de un viaje corto, tenía esa impresión. No sé por qué, pero siempre sentía que yo era de fuera y que algún día volvería a dejar aquel puerto.

Supongo que cuando ves, desde el mar, el muelle a lo lejos, envuelto en la neblina, acabas por entenderlo: estés donde estés, nunca dejas de estar solo ni de ser un extraño.

Anocheecía.

Al otro lado del cielo anaranjado y de las olas iluminadas por el ocaso apareció el pequeño embarcadero, incierto como un espejismo. Sonó en los deslucidos altavoces la música que avisaba de la llegada a tierra y el capitán anunció el nombre del pueblo. Fuera debía de hacer calor, pero en el barco el aire acondicionado estaba tan fuerte que más bien hacía frío.

En el tren bala había estado bastante intranquila, pero en el transbordador había echado un cabezada, acunada por el vaivén de las olas, y me había serenado. Aún adormilada, me desperté y miré por la ventana empañada por la sal: la costa se acercaba por momentos, como a cámara rápida.

Sonó el silbato y el barco inició un amplio giro para evitar la punta del espigón. Cuando estábamos a punto de atracar vi a Tsugumi apoyada en el cartel que saludaba WELCOME. Estaba con los brazos cruzados y llevaba un vestido blanco.

El barco siguió avanzando despacio hasta que se paró con una sacudida. La tripulación largó los cabos y colocó la pasarela. Los pasajeros fueron saliendo de la cabina hacia la débil luz del ocaso. Me levanté, cogí la maleta y me puse en la cola para desembarcar.

Nada más poner un pie en tierra, me golpeó un calor sofocante. Tsugumi se acercó, con prisas, sin saludarme ni preguntar cómo estaba, me espetó con una mueca:

—¿Cómo es que llegáis tan tarde?

—Ya veo que no has cambiado nada —respondí.

—Un poco más y me pudro aquí —dijo ella, sin siquiera esbozar una sonrisa, y echó a andar apresuradamente.

A mí se me escapó la risa. Aquel recibimiento surrealista y cómico era tan propio de ella que no me pude contener.

El hostel Yamamoto seguía en el lugar de siempre. Estaba todo igual, tanto que me desconcertó. Era como si de repente me hallara delante de una casa que, tiempo atrás, hubiera visto en sueños.

La escena recuperó los colores cuando Tsugumi, abriendo la puerta, anunció a gritos mi llegada.

—¡Eh! ¡Ya ha llegado la gorriona asquerosa!

Pochi se puso a ladrar en la parte de atrás y la tía Masako salió sonriendo y riñendo a Tsugumi por el comentario. También salió Yoko, que me saludó entre risas. De golpe, todo regresaba. Me emocioné.

La recua de chanclas dispuestas a la entrada del hostel presagiaban el ajetreo de aquel último verano. Tan pronto como volví a sentir el olor de la casa, recordé el ritmo de la vida del hostel.

–Tía, ¿te puedo ayudar en algo? –dije.

–No, mujer, no. Pasa y tómate un té con Yoko –contestó con una sonrisa antes de volver corriendo a la cocina, donde se oía bastante jaleo.

Según el horario del hostel, ése era el momento en que Yoko cenaba sola antes de ir a trabajar, que mis tíos estaban más atareados, porque había que preparar la cena para los huéspedes. Todos los días se seguía la misma rutina.

Una vez dentro, Yoko, que se estaba comiendo un par de *onigiri*, sacó mi taza, la puso sobre la mesilla y me sirvió un poco de té.

–Toma –me dijo al alargarme la taza con una sonrisa alegre–. ¿Quieres un *onigiri*?

–¡Muy oportuna! ¿No ves que dentro de nada tendrá delante una cena succulenta? –intervino Tsugumi sin siquiera levantar la vista. Estaba en un rincón de la sala, recostada en la pared y con una revista sobre las piernas extendidas–. Se le quitará el apetito.

–Tienes razón –contestó Yoko–. Bueno, ya te traeré un pastel por la noche.

–¿Sigues trabajando en la pastelería?

–Sí. Y ahora hacen pasteles nuevos. Te traeré alguno que no hayas probado.

–Qué bien –dije.

La ventana estaba abierta, y al otro lado de la mosquitera desfilaban los turistas que volvían de la playa riendo despreocupadamente. En todos los hostales se preparaban para cenar y el pueblo hervía de actividad. Aún había luz y en la tele daban las noticias. El aroma del mar atravesaba la sala rozando el tatami. Sonaban pasos arriba y abajo del corredor; era el incesante trajín de huéspedes que entraban o salían de la sala de baños. Oíamos a lo lejos los chillidos de las gaviotas que planeaban sobre el agua, y, al levantar la vista hacia la ventana, se recortaba entre los cables un cielo violáceo que casi daba miedo. Era una tarde como cualquier otra.

Aun así, sabía que nada era para siempre.

Oímos que alguien preguntaba si yo había llegado y unos pasos que se acercaban por el corredor. Entonces el tío asomó la cabeza tras la cortina de la puerta.

–¡Ya estás aquí! –exclamó–. Como en tu casa, ¿de acuerdo?

Me sonrió y se fue.

Tsugumi se levantó, arrastró los pies hasta la nevera, se echó un poco de té de cebada en un vaso de Mickey que le habían regalado hacía años en una taberna y se lo bebió de un trago. Dejó el vaso en el fregadero, que relucía de tan limpio, y rezongó:

–Qué fantasma. Y quiere abrir un albergue... Alucina.

–Es su sueño –replicó Yoko bajando la mirada.

Todo aquello, tan cierto y firme en ese instante, habría desaparecido al verano siguiente. Yo todavía no lo había asimilado. Seguro que ellas tampoco.

La vida cotidiana nunca me había parecido tan real. Mientras viví en aquel pueblecito de pescadores, la jornada siempre había transcurrido del mismo modo: me levantaba, comía a las horas, me iba a dormir. Unas veces me sentía bien, otras mal, veía la tele, me enamoraba, iba a clase... siempre regresaba a aquella casa. Al recordar esos días en que la rutina se había repetido de un modo tan preciso, me di cuenta de que, con el tiempo, todo había adquirido una textura cálida y rugosa como la de la arena limpia.

Al notar aquella tibieza, y cansada tras el viaje, saboreé una lánguida sensación de felicidad.

El verano se acercaba. Estaba a punto de empezar.

Una estación que pasaría una sola vez y no volvería. Lo sabíamos, y por eso se nos antojaba que el tiempo se volvería más lento, impregnándose de tristeza. Aquella tarde, sentadas en la sala, teníamos bien presente y nos venció una leve melancolía. Pero también nos sentíamos dichosas.

Después de cenar, estaba deshaciendo la maleta cuando oí a *Pochi* ladrar con impaciencia. Desde la ventana de mi habitación se veía el jardín. Miré hacia abajo, en la oscuridad, y allí estaba Tsugumi soltándolo de la cadena y poniéndole la correa. Se dio cuenta de que la miraba y levantó la cabeza.

—¿Vienes a dar un paseo? —preguntó.

—Sí —dije, y bajé.

Las últimas briznas de luz clareaban el cielo y las farolas parecían brillar con mayor intensidad sobre aquel fondo. Como siempre, *Pochi* tiraba de la correa y Tsugumi lo seguía trastabillando.

—Estoy cansada, así que al llegar a la playa nos volveremos.

—¿Salís todas las noches? —me sorprendí. No la veía con fuerzas para ello.

—Es que lo malacostumbraste. Cuando te fuiste, cada mañana se ponía a ladrar como un desesperado, y ¿a quién despertaba? A la pobre Tsugumi. Por fortuna, se acostumbró a que lo sacáramos por la noche en vez de por la mañana, y ahora me turno con Yoko.

—Vaya...

—Me da la sensación de que los tirones que pega me han fortalecido. Algo bueno tiene —dijo, sonriendo, pero sin volverse.

Tsugumi siempre tenía dolores o sufría recaídas, pero nunca se quejaba, ni siquiera en broma. Callaba y volcaba sobre los demás sus frustraciones, o soltaba cuatro disparates y se iba a su cuarto a dormir. Nunca se rendía.

Yo consideraba valiente esa actitud, pero también me parecía irritante.

Casi era de noche y en las calles azuladas todavía hacía un calor sofocante. A lo largo de la blanca playa, los niños habían empezado a prender cohetes y bengalas. Llegamos al final del camino de grava, cruzamos el puente y, después de subir a la escollera, que se adentraba en línea recta en el mar, soltamos a *Pochi*. Mientras el perro corría hacia la playa, Tsugumi y yo nos recostamos en un bloque de hormigón y abrimos los zumos que nos habíamos llevado.

Corría una agradable brisa. Los últimos rayos de sol se colaban, inesperados, entre los resquicios de unas nubes grises y alargadas.

Pochi se alejó tanto que lo perdimos de vista, pero al poco regresó; parecía inquieto, y se puso a ladrarle a Tsugumi, que se había sentado demasiado arriba para que él pudiera alcanzarla. Ella se echó a reír y alargó la mano para acariciarlo, palmeándole con cariño el lomo.

—Sí que os habéis hecho amigos —me asombré al ver que se llevaban bastante mejor que cuando los dejé.

Ella no contestó. Cuando se quedaba callada parecía lo que en realidad era: mi prima pequeña. Pero enseguida frunció el ceño y masculló:

—No te rías. Es horrible. Me siento como un donjuán que acaba casándose con una virgen enamorada hasta las trancas.

—¿De qué hablas? ¿De tu relación con el perro? —la pinché para ver si continuaba.

–Pues claro –dijo–. No me puedo creer que me haya encariñado con el chucho este. Bien mirado es repugnante.

–¡Pero qué dices! ¿Acaso te avergüenzas de él? –dije, carcajeándome.

–Ya veo que no me entiendes. ¿Cuánto hace que me conoces? ¿Por qué no usas la cabeza, para variar? –se burló.

–Claro que te entiendo. Sólo te estaba provocando –dije–. Pero también creo que no te disgusta estar con el perro.

–Eso es verdad. *Pochi* me gusta –admitió.

Varias capas de colores se fundían en la oscuridad del crepúsculo, y todo lo que nos rodeaba flotaba, borroso y onírico, en el aire. De vez en cuando, una ola rompía contra el perfil irregular de un bloque de hormigón y el agua saltaba como si se entregara a una especie de baile. Prendió en el cielo la primera estrella de la noche, brillante como una diminuta bombilla blanca.

–Pero las malas personas tenemos nuestra propia filosofía. A eso me refiero –continuó Tsugumi. Que una mala persona se lleve bien con un perro... no tiene ningún mérito.

–¿Una mala persona? –pregunté sonriendo.

Era obvio que, desde la última vez que nos habíamos visto, le había sucedido algo que quería contarme, y decidió confiarse como sólo hacía conmigo. Desde el incidente del buzón encantado, creí que yo fui la única persona que la comprendía y, a pesar de que lo que pudiera decirme no tuviera nada que ver con mi vida, por lo general conseguía hacerme una idea bastante aproximada de lo que quería transmitirme.

–A ver, pongamos que una gran hambruna azota a la Tierra.

–¿Una gran hambruna...? Un poco exagerado. No sé si te sigo.

–¿Te quieres callar y escucharme? Lo que quiero decir es que, si se agotaran los alimentos, yo querría ser lo bastante mala como para poder matar a *Pochi* y comérmelo tranquilamente. No digo que yo sea una mala persona que no lo fuera de verdad y que después lloraría, le daría las gracias en nombre de todos los que se lo hubieran comido, le cavaría una tumba para expresarle su pena o se haría un colgante con un trocito de hueso. Yo querría ser tan mala como para no tener remordimientos ni reparos y poder decir sin inmutarme que me ha sabido buenísimo. Aunque, claro, esto sólo es un ejemplo.

El abismo que había entre la imagen de Tsugumi, allí sentada con la cabeza ladeada y envolviéndose en aquellos brazos tan delgados, y sus palabras me produjo una gran extrañeza, como si la figura que tenía ante los ojos perteneciera a otro mundo.

–Más que una mala persona, eso a mí me parece una persona extraña –dije.

–Exacto. Alguien inclasificable e impredecible. Alguien que siempre está al margen de todo lo que ocurre, que, aunque no entienda qué le pasa, no puede detenerse y se deja llevar..., pero que, al fin y al cabo, quizá tenga razón –dijo contemplando cómo la oscuridad se deslizaba mar adentro.

No era narcisismo. Tampoco una pose. Llevaba en el corazón un espejo muy bien bruñido y sólo se creía en lo que veía reflejado en él, sin detenerse a pensar.

Tsugumi era así.

Con todo, a *Pochi* y a mí nos caía bien, como seguramente a todos los que la conocían. Yo quería mucho. Daba igual lo que pudiera decirnos o hacernos, y, en el caso de *Pochi*, no importaba que quisiera comérselo. Más allá de sus palabras, en el fondo de su corazón, muy adentro, brillaba una intensa luz que sostenía aquel embrollo que era Tsugumi. Esa luz se agazapaba en algún lugar que ella siquiera conocía, y, como si la alimentara sin cesar una máquina, jamás dejaba de fulgurar.

- [read online The Universal Declaration of Human Rights: Origins, Drafting, and Intent \(Pennsylvania Studies in Human Rights\) pdf, azw \(kindle\)](#)
- [download **The Lost Secret of Death: Our Divided Souls and the Afterlife** pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [click *A Fall of Woodcock: A Season's Worth of Tales on Hunting a Most Elusive Little Game Bird*](#)
- [read online *From Here to There: A Curious Collection from the Hand Drawn Map Association*](#)
- [read **The Picture of Dorian Gray**](#)

- <http://dadhoc.com/lib/DK-Eyewitness-Top-10-Travel-Guide--Greek-Islands.pdf>
- <http://pittiger.com/lib/Hornblower-and-the-Crisis.pdf>
- <http://paulczajak.com/?library/Kim.pdf>
- <http://www.celebritychat.in/?ebooks/Dragon-Keeper--Rain-Wilds-Chronicles--Book-1-.pdf>
- <http://junkrobots.com/ebooks/The-Picture-of-Dorian-Gray.pdf>